

Introducción:

Anatomía de una pelea

Al entrar en casa Liz encuentra a su marido mirando un partido de fútbol americano en el estudio, mientras su hija pequeña juega a sus pies. Sabe al instante que Ella ha estado jugando durante mucho tiempo en el parque porque al inclinarse para darle un beso, percibe que la ropa de la niña huele a sudor. «¿Te lo has pasado bien en el parque, cariño? ¿Te has divertido bajando por el tobogán?»

La casa está hecha un desastre, han quedado con los padres de Tim de aquí a una hora, y ella aún no ha tenido tiempo de meter las galletas de chocolate en el horno. Liz se pone a marcar el teléfono de una compañera de trabajo mientras saca de la nevera los ingredientes para hacer las galletas de chocolate. Sosteniendo el auricular con la cabeza pegada al cuello, se inclina ante el ordenador y advierte que aún no le ha llegado un *e-mail* con la importante información que necesita para la reunión del día siguiente. Mientras añade los pedacitos de chocolate a la masa, Liz piensa que tendrá que hacer una modificación en la presentación.

Después de meter las galletas en el horno, se dirige al dormitorio sacándose la ropa por el camino para cambiarse. Mientras tanto le dice a Tim girando sólo la cabeza sin detenerse siquiera:

—¿Puedes cambiar a Ella? Te he dejado la ropa y los zapatos de la niña preparados.

Cuando Liz sale de la habitación, descubre a Tim junto a la puerta de la calle caminando impaciente de un lado a otro. Al inclinarse hacia Ella para arreglarle el vestido, descubre que su hija tiene algo pegado en el pelo.

—¿La has lavado antes de vestirla? —pregunta Liz.

—Sí —le responde Tim exasperado—. ¡Vamos, que se nos hace tarde!

Pero cuando al llegar a la casa de sus suegros Liz se inclina hacia Ella para sacarla de la sillita, le vuelve a llegar aquel olorcillo acre a sudor característico de cuando ha ido a jugar al parque. Al inspeccionar a su hija, descubre que las regordetas manitas de la niña, llenas de restos de galletas, están negras de suciedad.

—¡Tim, tiene las manos sucias! —le dice Liz entre dientes.

—Ya se las lavaré cuando entremos —le responde él desconcertado por el tono de voz de su mujer. Liz siente cómo su irritación se va convirtiendo en ira.

—¡Ésa no es la cuestión, Tim! ¿Cómo es posible que no hayas visto lo sucias que tenía las manos al cambiarla? ¡Mírale la cara! La niña necesita un baño. Significa que ha estado comiendo con las manos sucias, algo absolutamente asqueroso y además una peligrosa falta de higiene. ¿Como es posible que no te hayas dado cuenta?

Tim se da media vuelta, sin abrir la boca, y entra ofendido en la casa de sus padres. «Los niños están comiendo todo el tiempo con las manos sucias, Ella sobrevivirá», se dice para sus adentros. Liz le sigue, pero su torrente de reproches no recibe ninguna respuesta de su marido, que los recibe sin inmutarse.

Una vez que se han unido a la fiesta, Tim recupera el equilibrio, pero descubre que su mujer no responde a los intentos que él hace de conversar con ella. Tim, más desconcertado que empático, entabla con su tío una acalorada y detallada discusión sobre la rueda de prensa presidencial, la noticia del día; al cabo de unos momentos la discusión política le ha hecho olvidar por completo el problema que acaba de tener con Liz.

La hermana de Tim, en cambio, al ver la enrojecida tez de Liz y sus dilatadas pupilas, se la lleva a la cocina para darle un abrazo y charlar con ella.

—¡No me lo puedo creer! —le suelta Liz furiosa—. ¡La niña parecía uno de los personajes salidos de *Oliver Twist*! Pero ¿en qué estaría pensando Tim? ¿Cómo es posible que le ponga el vestido para la fiesta sin siquiera preocuparse de limpiarle la cara y las manos con una toallita húmeda?

»El nivel de plomo que hay en el suelo de nuestro barrio es astronómico —exclama Liz sintiéndose cada vez más furiosa por la conducta de su marido—. ¡Sólo nos faltaba eso! Como si no nos bastara con el susto que tuvimos al renovar la casa, cuando las últimas pruebas que le hicimos a nuestra hija revelaron que su nivel de plomo en la sangre era elevado. ¿Acaso quiere que la niña sufra una lesión cerebral?

»Le pedí que la cambiara —prosigue Liz cada vez más enfurecida—. Le pregunté si la había lavado. ¿Qué más he de decirle? ¿La próxima vez que deje sola a la niña con él también he de recordarle que no la meta en el horno?

Liz no puede sacarse la pelea de la cabeza por el resto de la noche. Mientras vuelven en coche a casa, le da vueltas y más vueltas. Incapaz de dormir, repasa las notas para la presentación del día siguiente, sin poder dejar de analizar la discusión que han tenido.

A la mañana siguiente Liz rechaza la invitación de Tim de hacer el amor, y al sentarse a la mesa para desayunar, está decidida a encontrar alguna clase de solución. Como es habitual en él, Tim se resiste a mantener cualquier discusión importante sobre la pelea o sobre lo que ésta significa en su relación. «¡No le importo en lo más mínimo! —piensa Liz sintiéndose fatal—, ¡a él tanto le da si yo soy infeliz!»

En realidad, Tim ni siquiera sabe por qué ella está enfadada. «¿Por qué —piensa él—, cada pequeño problema ha de convertirse en un drama? ¿Por qué ha de buscarle siempre tres pies al gato? ¿Y por qué cuando el problema ya se ha solucionado ha de seguir hablando de él?»

El cerebro masculino y el femenino: qué significan para las relaciones humanas

Según como se mire, la pelea de Liz con Tim no es más que una de las habituales discusiones que las parejas suelen tener. Pero, por otro lado, ilustra perfectamente cuál es el problema que existe entre los hombres y las mujeres, y por qué se da.

¡Somos distintos!

La relación que Liz y Tim mantienen como pareja es buena, pero cuando se pelean de esta forma, se sienten totalmente alienados el uno del otro. «No entiendo cómo podemos ver las cosas de una forma tan distinta. Es como si él y yo fuéramos de diferentes planetas», dice Liz. Pero Tim no es un extraterrestre, lo único que ocurre es que los dos son *distintos*. Uno de los errores que cometemos, tanto los hombres como las mujeres, es querer —insistir, ansiar o exigir— que seamos iguales. Pero la sencilla, irrefutable y fabulosa realidad es que *no somos iguales*.

Las diferencias que existen entre machos y hembras son espectaculares e incontrovertibles para cualquiera que haya observado a los animales, aunque sólo sea casualmente. Mi doghino macho es más grande y fuerte, y mucho más activo, que su hermana. Mientras que ella se pasa las horas enroscada silenciosamente alrededor de mis pies y se esconde si sabe que afuera hace frío o está lloviendo, él en cambio se pasea por la casa buscando su juguete favorito, le mordisquea la pierna a su hermana para animarla a levantarse y a jugar con él, le encanta que lo saques a pasear, y se mete con cada paloma con la que se cruza.

¿Por qué son tan distintos? Durante la última época ha habido un creciente interés en estudiar la precisa naturaleza y la importancia de las diferencias entre hombres y mujeres. La nueva ciencia de la medicina de género nos está haciendo ver de una forma asombrosa cómo el sexo biológico modifica nuestra forma de actuar en el mundo e incluso de experimentar las enfermedades. So-

mos diferentes, en muchísimos sentidos, en *cada uno de los sistemas del cuerpo*, desde la piel que nos cubre hasta el corazón que nos late en el pecho y los intestinos que procesan los alimentos que ingerimos.

Pero en el cerebro es donde este hecho más se aprecia, ese órgano de kilo y medio de peso que alberga todo cuanto nos convierte en seres humanos: nuestras pasiones, nuestras percepciones, nuestro aprecio por el mundo creado y toda nuestra vida intelectual y emocional.

*Los hombres y las mujeres piensan de distinta manera,
abordan los problemas de distinto modo,
enfatan la importancia de las cosas de distinta forma
y experimentan el mundo que los rodea
a través de unos filtros totalmente distintos.*

Desde que estamos en el útero hasta que exhalamos el último suspiro, recibimos la información a través de un cerebro masculino o femenino con una anatomía, composición química, riego sanguíneo y metabolismo muy distintos. Los propios sistemas que utilizamos para producir ideas y emociones, formar recuerdos, conceptualizar e interiorizar experiencias y resolver problemas son distintos.

¿Cómo es que no nos dimos cuenta antes? Porque los científicos sólo han estudiado a los hombres. A los investigadores sólo se les ha permitido (y de hecho animado) empezar a observar directamente al sexo femenino después de la insistencia de las propias mujeres. El resultado de este tremendo nuevo paso en la investigación médica es que ahora la ciencia nos confirma lo que ya sabíamos desde hace mucho tiempo: los hombres y las mujeres somos distintos.

Estoy segura de que las diferencias que existen entre nosotros nos ofrecen la clave de la desconexión que a veces se da entre hombres y mujeres. Como me gustaría mostrarte a qué me refiero, volvamos a observar la pelea con la que se inicia este capítulo, no para

conocer quién tiene razón y quién está equivocado, sino para estudiar la «anatomía» de la misma.

¿Qué es lo que está *realmente* sucediendo cuando Liz y Tim se pelean?

Anatomía de una pelea: la autopsia

Al cabo de unos segundos de llegar a casa, el cuerpo de Liz está deseando provocar una pelea. Mientras procesa cada nuevo agente estresante —la casa desordenada, las galletas sin hacer, el *e-mail* que no llega—, su cerebro ordena liberar las hormonas que la ayudarán a afrontar el estrés subiéndole la presión arterial y casi doblando en ella el ritmo cardíaco habitual. En las mujeres, la amígdala cerebelosa, la parte del cerebro que recibe los agentes estresantes y reacciona frente a ellos, tiene muchas conexiones con las partes del cerebro que controlan la presión arterial y el ritmo cardíaco. Los hombres, en cambio, no tienen unas conexiones tan extensas: Tim está absorto en el partido, ajeno al estrés.

Si Liz se lo hubiera preguntado, y dado el poco tiempo que tenían, Tim le habría dicho que se olvidara de las galletas porque en la fiesta seguramente habría suficiente comida y no harían falta. Pero Liz libera una hormona muy importante llamada oxitocina, que la motiva a relacionarse con los demás y a conservar este vínculo de amistad, sobre todo con las personas que pueden ayudarla con su hija, como es el caso de los padres de Tim. El nivel de esta hormona es particularmente alto cuando las mujeres sufren estrés, haciendo que la oxitocina sea una poderosa herramienta femenina que ayuda a las mujeres a afrontar los cambios recurriendo a otras personas. En este caso, la hormona le da fuerzas para superar el cansancio y elaborar las galletas que le facilitarán los vínculos de amistad.

Liz tiene más sustancia gris en la corteza frontal, el área situada justo detrás de los ojos, que Tim. Se trata del centro ejecutor del

cerebro, el director que controla nuestras complejas conductas. Liz también tiene más conexiones entre los dos hemisferios del cerebro, lo cual explica cómo puede procesar distintas fuentes de información al mismo tiempo: modificando la presentación mientras prepara las galletas, por ejemplo, o analizando sin cesar la pelea que ha tenido con Tim mientras repasa las notas de la presentación. En cambio, Tim sólo activa un hemisferio del cerebro al procesar la información. Este hecho significa que aborda una cosa cada vez: identifica un problema, busca una solución y pasa a la siguiente tarea. Ésta es una de las razones por las cuales no se ha fijado tan bien como su esposa en las necesidades de su hija Ella: reacciona ante el «problema» —de que van a llegar tarde a la fiesta— vistiendo a su hija lo más rápido posible.

Liz, por supuesto, se concentra en un problema diferente: las manos sucias de Ella. Su centro ejecutivo, de mayores dimensiones que el de su marido, afronta la situación como una amenaza. Envía un mensaje a la parte del cerebro que nos ayuda a crear los recuerdos de nuestras experiencias y a la parte que almacena los de las experiencias cargadas de emoción, como el resultado de las últimas pruebas que le hicieron a Ella para medirle el nivel de plomo en la sangre, que volvió a ser alto después de la reforma del apartamento.

Tim también estuvo preocupado por la salud de Ella, pero la experiencia fue *más desagradable cuantitativamente* para Liz que para él debido a su biología femenina. Las mujeres tenemos un nivel más alto de estrógeno que los hombres, y esta hormona hace dos cosas cuando las mujeres sufrimos estrés. En primer lugar, prolonga la secreción de cortisol, la hormona del estrés, por eso una mujer se siente más estresada que un hombre en la misma situación. El estrógeno activa también un campo más extenso de neuronas en el cerebro que en el caso de los hombres: estas neuronas activadas nos proporcionan a las mujeres la red que necesitamos para formarnos un recuerdo mucho más detallado de la secuencia de acontecimientos. Los niveles hormonales de Liz le garantizan, por tanto, que *recuerde con más detalle y viveza el epi-*

sodio que Tim. Esta adaptación evolutiva le permite ocuparse como es debido de su hija al recordar situaciones peligrosas para poder evitarlas en el futuro.

También podemos ver las diferencias que existen entre Liz y Tim en su forma de pelearse. El hemisferio izquierdo de Liz, la sede de nuestra capacidad para procesar el lenguaje, tiene más sustancia gris que la de Tim, y ella utiliza los dos hemisferios del cerebro para hablar, mientras que Tim sólo usa uno. Estos factores explican las fluidas y ricas acusaciones de Liz y la reacción de Tim de refugiarse en el silencio. Se ve la habilidad verbal de Liz en las preguntas retóricas que le hace a su hija sobre cómo le ha ido en el parque. La «tarea» biológica de Liz es estimular la capacidad preverbal de Ella respecto al lenguaje.

La mayor capacidad de Liz para comunicarse explica también cómo la hermana de Tim puede captar al instante que ella está disgustada. Las mujeres hemos de poder leer mejor el sutil y matizado lenguaje de las expresiones humanas que los hombres, para determinar las necesidades de nuestros dependientes hijos pequeños que aún no saben hablar. Y como veremos, el vínculo que se establece entre estas dos mujeres es un buen ejemplo del patrón de conducta femenino ante el estrés; sirve para protegerse mejor de él que la típica respuesta masculina de «lucha o huida».

Podría seguir analizando la pelea durante un buen rato, pero ya puedes ver lo complicada que es incluso esta pelea doméstica tan común y corriente y la distinta forma en que ambos sexos la abordan.

Pero ¿qué es lo que todo esto significa?

Si los hombres y las mujeres somos en el fondo distintos biológicamente, ¿qué significan estas diferencias para el destino de nuestra relación de pareja? ¿Acaso Liz y Tim están condenados a dejarse llevar por su conducta femenina y masculina, y por sus cerebros que procesan la información de distinta forma debido a su biología, a echarse el uno al otro una mirada asesina por culpa de las mugrientas manitas de su hija?

Por suerte, no. Estoy segura de que intentar comprender mejor las diferencias que existen entre nosotros y aprender sinceramente las estrategias más eficaces de nuestra pareja nos ayudará a acortar este espacio que nos separa.

Los cambios que experimentaremos en un futuro

Es evidente que muchas de nuestras conductas se arraigan en nuestra biología, una biología que —ahora lo comprendemos— tiene unas características específicas del sexo al cual pertenecemos. Pero unos nuevos hallazgos científicos —tan asombrosos que su descubridor ha sido laureado con el Premio Nobel de Medicina— revelan que todos los seres dotados de un sistema nervioso se ven afectados por las experiencias que tenemos del mundo que nos rodea, las cuales cambian la propia estructura del cerebro. Es decir, ¡tu cerebro ha cambiado por el simple hecho de leer este libro!

Si las experiencias cambian la química y la estructura del cerebro, y dado que este órgano es la fuente de la conducta humana, en tal caso los hombres y las mujeres podemos aprender mucho unos de otros, cambiando con ello nuestros propios cerebros de una manera profunda. El simple hecho de comprender las diferencias que existen entre nosotros nos permite *celebrarlas*, en lugar de aumentar las fricciones. Cada sexo tiene algo valioso que ofrecer. En realidad, muchas de las diferencias que causan los problemas en las relaciones pueden ser un motivo de alegría: ¿acaso el contraste entre la rasposa piel del hombre y las suaves mejillas de la mujer no es una de las cosas que hacen que besaros os produzca una sensación tan deliciosa?

Pero esta nueva investigación hace que me pregunte si es posible dar un paso más en este proceso. Si la práctica de tocar el piano o de hacer gimnasia cambia nuestro cerebro haciendo que cada vez seamos más hábiles en esas actividades, ¿acaso no cambiaremos también nuestro cerebro al «practicar» el relacionarnos mejor con las personas del otro sexo? Ya no necesitamos sorpren-

dernos por el inmenso abismo que nos separa: en lugar de sorprendernos, aprovechemos la plasticidad natural del cerebro y usémosla para parecernos más.

Mi fuente de inspiración es un pez llamado viejita azul [*Thalassoma bifasciatum*]. Si un viejita azul hembra es la más grande de su grupo y no hay ningún macho alrededor, cambiará su conducta por la de un macho al cabo de algunos minutos de haberlo descubierto. Sus órganos reproductivos cambian con más lentitud, pero al cabo de varios días de cambiar de conducta, ya se habrá convertido en un macho. Los humanos tenemos una hormona llamada vasopresina, una sustancia química del cerebro análoga a la que provoca el cambio de conducta en este pez. ¿Seríamos nosotros también capaces de intercambiar los sexos —o al menos de intercambiar sus características predominantes— si el entorno nos lo pidiera?

No soy la única a la que le inspira el viejita azul, también es la musa que se encuentra detrás de la obra de teatro *The Way of All Fish*, escrita por Elaine May, que trata sobre el sorprendente cambio de papeles que se da entre dos mujeres: una poderosa ejecutiva y su secretaria. Imagina cómo sería poder escoger el sexo que fuera más indicado en una determinada situación o según nuestro estado de ánimo. Yo sin duda elegiría ser hombre si fuera a solicitar más apoyo o dinero a los decanos de la Universidad de Columbia, y mujer en el instante en que saliera del trabajo para volver a casa con mi familia.

Creo que esta metamorfosis está ya sucediendo últimamente, a medida que las mujeres tenemos cada vez más oportunidades de acceder a profesiones que antes eran sólo masculinas y que las experiencias de hombres y mujeres se van pareciendo más. Creo —y la investigación del doctor Eric Kandel, profesor del Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia de Nueva York, apoya mi hipótesis—, que el cambio de papeles que los hombres y las mujeres estamos experimentando en nuestra sociedad hacen que nos parezcamos más, al irse difuminando la distinción entre las conductas masculinas y femeninas prototípicas. En

realidad, muchos de nosotros estamos descubriendo que las viejas reglas ya no sirven a medida que se manifiesta la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la que muchos papás participan en la típica actividad estadounidense de vender los dulces que sus hijos de preescolar han elaborado para recaudar fondos, y las mamás banqueras inversionistas se apresuran a ir al trabajo.

Mientras aprendemos unos de otros y nos vamos pareciendo más al hacerlo, yo creo que conseguiremos manifestar todo nuestro potencial en el mundo y comunicarnos con mayor eficacia con nuestras parejas tanto en relación al amor como al trabajo, en lugar de abrirnos fuego desde nuestras respectivas trincheras.

Esta idea es la que subyace en el libro. La mayor parte de las cosas que he escrito es una visión general de mi investigación sobre las diferencias que existen entre nosotros —tanto si estas diferencias proceden de nuestra propia biología como de la sociedad y la cultura que nos han configurado—, y cómo estas diferencias afectan a nuestras relaciones en sus distintas fases y en los distintos momentos de nuestra vida. Es interesante ver cómo nuestra perspectiva de estas diferencias cambia: los mismos contrastes que hacen que un hombre sea tan atractivo para nosotras en la fase del cortejo, pueden generar desacuerdos más tarde cuando nos ocupamos de criar juntos a los hijos. (Nota: he seguido la progresión habitual de estas etapas, aunque sin duda sé que hay personas que a veces tienen relaciones sexuales antes de que surja el amor, o simplemente sin amor, y que muchas parejas eligen no tener hijos.) Como creo que podemos cambiar —y a causa de la fantástica nueva investigación que nos demuestra que podemos hacerlo al nivel más fundamental de todos—, te he ofrecido algunos consejos a lo largo del libro para ayudarte a sortear los conflictos que a veces surgen por nuestras diferencias.

Tal vez te preguntes si estoy cualificada para escribir este libro; después de todo soy cardióloga e internista, no una especialista en el cerebro ni una experta en relaciones sentimentales. Sin embar-

go, he participado en el campo de la medicina de género desde sus inicios. En las décadas de 1980 y 1990 hubo un enorme interés por el campo de la «salud de la mujer». Principalmente se trató de un esfuerzo de márketing por parte de los médicos y los hospitales para satisfacer las necesidades de las mujeres, que eran las que tomaban la mayor parte de las decisiones médicas en la familia. En aquella época las variaciones que suponen las diferencias sexuales apenas se aplicaban, a menudo tan sólo se manifestaban asignando fondos para construir centros para mujeres en espacios separados, con un personal femenino compuesto por doctoras y enfermeras y decorado con tonalidades pastel. Se tendía a enfatizar la habitual «visión biquini» de la salud femenina: las mamografías y los Papanicolau. Apenas se prestaba atención, si es que se les daba alguna, a las necesidades únicas de las pacientes femeninas.

En 1991 escribí un libro titulado *The Female Heart* (El corazón femenino), el primero en tratar las diferencias que existían entre el corazón femenino y el masculino. Suscitó muchísimo interés, y a medida que viajaba por todo el mundo dando conferencias sobre el tema, empecé a preguntarme si también habría diferencias importantes en otros órganos. Si era así, valía la pena considerar no sólo cómo se llevaban a cabo las investigaciones, sino cómo se trataba a los pacientes: había que reconocer que los hombres eran distintos de las mujeres. No sabía la respuesta, pero tenía claro que alguien —alguien con una rigurosa formación y conocimientos científicos— habría de responder a esta pregunta si es que este nuevo campo de la medicina de género iba a sobrevivir.

De modo que en 1997 fui a ver al presidente de mi departamento de la Universidad de Columbia y le pedí que me apoyara para elaborar un programa que estudiara las diferencias entre cómo los hombres y las mujeres experimentaban las enfermedades. Obtuve el apoyo económico de un sector privado, dirigido por Procter & Gamble, y así fue cómo nació la Sociedad para la Salud de la Mujer. Desde la década de 1990 el campo de «la salud de la mujer» se ha expandido en un concepto mucho más amplio e inclusivo: la medicina de género, la ciencia de las diferencias entre

hombres y mujeres. (El nombre de nuestro programa se ha cambiado por el de *Partnership for Gender-Specific Medicine*, Asociación para la Medicina de Género, tal como yo quería que se llamara desde un principio.)

Gracias a estos diez años de investigación, ahora sabemos que las diferencias entre los sexos son innumerables, y que tienen tantas implicaciones importantes que ya no se puede justificar hacer investigaciones sólo con hombres. Tal como el experto comité del Instituto de Medicina dijo: «El sexo importa, importa en unos aspectos en los que no lo esperábamos. Y sin duda también importa en otros que ni siquiera podemos llegar a imaginarnos». En 1998 fundé la primera revista de medicina de género, que se ha incluido en el índice de la prestigiosa Biblioteca Nacional de Medicina. Y en el 2004 publiqué mi primer libro de texto sobre la medicina de género, con más de 220 contribuciones procedentes de todas partes del mundo. El campo sigue creciendo, y estoy encantada y entusiasmada de poder estar a la vanguardia del mismo.

Siempre me ha interesado el cerebro; ¡después de todo, hice mi carrera utilizando el mío! Pero cuando más interés me suscitó fue al estudiar las diferencias entre los sexos. En el proceso, he experimentado muchos momentos de «¡ajá!» («¡Así que *eso* es lo que ocurre!»), y al ver las increíbles reacciones que yo provocaba en mis amigos, pacientes y colegas al compartir lo que estaba aprendiendo, comprendí que estaba ocurriendo algo de una importancia vital para la medicina, y que esta información debía transmitirse de algún modo a un público más amplio. Tienes el resultado en tus manos.

¿Qué significa ser hombre o mujer?

Al escribir este libro he corrido una serie de riesgos, y deseo reconocerlos desde el principio. Por ejemplo, se corre un enorme riesgo al catalogar ciertas conductas de «masculinas» o «femeninas», como hago a lo largo de la obra. En la película *Free to Be You and*

Me hay un aleccionador diálogo en el que dos bebés (protagonizados con gran acierto por Marlo Thomas y Mel Brooks) se pelean sobre si son niños o niñas. «Los niños saben guardar secretos y no les temen a los ratones», dice uno de ellos, de modo que el bebé protagonizado por Mel Brooks, que es incapaz de guardar secretos y le aterran los ratones, debe de ser indudablemente una niña, ¿no es cierto? La pelea sigue hasta que la enfermera llega y les cambia los pañales, dejando zanjada la cuestión de una vez por todas.

Éste no es el único riesgo que he corrido. En muchos casos he utilizado los resultados de investigaciones realizadas con animales para especular sobre las conductas humanas. Podemos obtener muchas pistas sobre nuestra conducta observando a nuestros amigos del reino animal, sobre todo porque podemos hacer experimentos con animales que no sería ético realizar con humanos. Pero es una irresponsabilidad considerar la conducta de los animales la «prueba» de la existencia de conductas similares en los humanos.

Otro riesgo parecido procede de saltar de la anatomía a las funciones. Se pueden hacer unas relativamente sofisticadas observaciones sobre la estructura y la función del cerebro en los seres vivos, pero otra cosa muy distinta es cómo interpretar esta información. Que se dé un mayor riego sanguíneo en una región del cerebro al recitar una poesía no significa que uno la esté repitiendo bien, que la recuerde más tarde, o ninguna otra cosa. No sabemos si las diferencias estructurales del cerebro que estamos descubriendo significan algo en cuanto a talento o habilidades. Dar semejante salto —sobre todo en un área como la del cerebro, de la que tan poco sabemos— no sería más que una conjetura por mi parte. Y hacer algo más que conjeturar es manifestar una ciencia «falsa» en el verdadero sentido de la palabra, ya que es sacar conclusiones basándose en falsas evidencias, conclusiones que tienen el potencial de confundirnos haciéndonos tomar caminos equivocados.

Cualquiera de las conjeturas que hago a lo largo de las siguientes páginas son para servir a un concepto más amplio: la idea de que, sean cuales sean nuestras diferencias, los hombres y las

mujeres podemos aprender muchas cosas unos de otros. Para mí este libro es la primera percepción de una nueva ciencia que puede ayudarnos a comprender las diferencias entre hombres y mujeres, y a conciliar algunas de las dificultades que han surgido entre nosotros a causa de ellas. Me gustaría animarte a considerarlas de la misma forma.

Tanto si estos retos son nuevos o tan antiguos como el tiempo, las diferencias que existen entre nosotros no tienen por qué causar tensiones ni conflictos en nuestras relaciones. En el fondo, comprenderlas nos ayudará a acercarnos más, a tener más cosas en común, y a aprender unos de otros. Entre nosotros hay más similitudes que diferencias, y existe la evidencia que nos sugiere que podemos cultivar las aptitudes del sexo opuesto, con gran beneficio para todos.